

## BEATI FELICIS CONFESSORIS VITA. (C)

El muy feliz triunfo del beato Félix, que en la ciudad de Nola en Campania, con la ayuda del Señor, mereció, fue bellamente y completamente descrito en versos hexámetros por Paulino, obispo de la misma ciudad; y como estos son más aptos para lectores versados en métrica que para los simples, nos ha parecido conveniente, para la utilidad de muchos, esclarecer la misma historia del santo confesor con palabras más claras, e imitar la diligencia de aquel que trasladó el martirio del beato Casiano de la obra métrica de Prudencio a un lenguaje común y abierto a todos.

Así pues, Félix nació en Nola, Campania, pero de padre sirio, llamado Hermia, quien viniendo de Oriente a Nola, y habitando allí como si fuera nativo, engendró a su hijo Félix: y al fallecer le dejó una herencia de considerable riqueza, a la cual él prefirió los dones de la herencia prometida en los cielos. Tenía también un hermano con el mismo nombre de su padre, es decir, Hermia, con quien dividió la herencia terrenal: quien, viviendo de manera muy diferente a Félix, se mostró indigno de la felicidad eterna. Pues se dedicó a amar solo los bienes terrenales, y eligió ser soldado de César más que de Cristo.

Por el contrario, Félix, siguiendo el misterio de su nombre con sus acciones, desde niño se sometió al servicio divino, y creciendo en la gracia de las virtudes, primero asumió el oficio de lector en la Iglesia, y luego fue promovido al grado de exorcista, comenzando a expulsar espíritus inmundos de los cuerpos poseídos. Y como en este ministerio se destacó por sus virtudes, sin demora, alcanzó el grado de presbítero, digno de sus méritos. No fue menor en grado, mente y obra, como también lo probó la tormenta de tentaciones que se avecinaba.

En ese tiempo, una persecución de infieles surgió, golpeando a la Iglesia con una grave contienda: sin embargo, las puertas de la muerte no pudieron desviar a las puertas de la hija de Sion de anunciar la alabanza de su Creador. Y cuando los maestros y autores de la perfidia dirigieron primero el conflicto de su locura contra los mismos maestros de la verdad y la fe del Señor, conspiraron para entregar a la muerte o forzar a negar la fe a los primeros obispos o presbíteros de las Iglesias, para aterrorizar a los menores: sucedió que los ministros del error y del furor hostil llegaron también a Nola, buscando al obispo de esa ciudad, llamado Máximo, un hombre venerable por su doctrina, piedad y edad, para llevarlo a la tortura. Al darse cuenta de esto, recordando el precepto del Señor, que dice: "Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra", buscó refugio temporal en un lugar más remoto, dejando al presbítero Félix para la protección de la ciudad, a quien abrazaba como a un hijo, y deseaba recibir como heredero de su sede.

Pero cuando los perseguidores no pudieron encontrar al obispo, sin demora intentaron poner sus manos sobre Félix, y como si fuera la mayor fortaleza de la ciudad después del obispo, intentaron derribarlo de la constancia de su famosa virtud, ya sea con promesas halagadoras o aterrorizándolo con penas. Así, Félix fue capturado por los furiosos adversarios, pero confiando mucho en la interna consolación del Espíritu Santo, fue enviado a una oscura prisión, donde sus manos y cuello fueron atados con cadenas de hierro, sus pies apretados con cuerdas; y fragmentos de tejas se colocaron debajo de él, para que, entre el horror y el frío de la larga noche, atado, no pudiera tomar ni sueño ni descanso, continuamente punzado por la agudeza de estos.

Mientras tanto, el obispo, que había huido a los escondites de las montañas, también sufría un martirio no menor, como si estuviera encadenado con hierro o colocado sobre tejas, o dado a las llamas para ser quemado. Pues su alma era quemada por la gran preocupación por su

rebaño, y su cuerpo por el hambre, junto con el rigor del frío invierno; yacía entre espinas sin techo ni alimento, pasando la noche junto con el día en vigiliyas y oraciones solícitas. No fue difícil que tanta fuerza de males, comprimiendo sus miembros seniles y exhaustos por largos ayunos, lo llevara hasta la muerte.

Pero para mostrar claramente cuánta era la dignidad de ese hombre ante la piedad celestial, un ángel fue enviado del cielo, quien ordenó al beato Félix, liberado de sus cadenas, que fuera rápidamente a buscar, revivir y devolver a casa al obispo. Había varios encerrados en la misma prisión: pero el ángel, al llegar, se apareció solo a Félix, quien estaba encadenado por la gracia de la piedad, resplandeciendo con una luz brillante, llenando también la casa misma con la gracia de la luz, cuya voz y luz hicieron temblar a Félix. Al principio pensó que era una ilusión de sueño; pero el ángel le ordenó levantarse y seguirlo saliendo. Asombrado por el mandato del que ordenaba, alegó que no podía salir, porque estaba retenido por cadenas, el cerrojo de la prisión y la diligencia de los guardias. Pero el ángel, con voz repetida, le ordenó levantarse rápidamente, sin que las cadenas se opusieran; y más rápido que dicho, las cadenas cayeron de sus manos y cuello, y los grilletes de sus pies. Lo sacó afuera en un orden maravilloso, con la puerta de la prisión abierta para él, pero cerrada para los demás; de modo que pasaron por los mismos guardias, por quienes estaba encerrado, ignorantes de los hechos, el mismo ángel, como una columna mosaica, proporcionando a Félix tanto guía como luz con el resplandor de su presencia, hasta que escapó de las manos de los enemigos.

Cuando el beato Félix confesor llegó al lugar desierto donde el obispo se había refugiado, lo encontró exhalando suspiros débiles: y aunque se alegró de encontrarlo vivo, se entristeció mucho al verlo tan cercano a la muerte. Así que abrazó y besó al Padre, y comenzó a intentar, si con el aliento frecuente de su boca y el calor de su cuerpo, podía traer algo de calor a sus miembros helados. Pero después de trabajar mucho, sin poder despertar ningún sentido vital en su mente o cuerpo, ni tener fuego o alimento cercano para revivirlo, finalmente, encontrando un consejo saludable, dobló sus rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, suplicando humildemente que él mismo lo ayudara desde el cielo, para que pudiera cumplir el ministerio de piedad que se le había ordenado hacia su Padre. Sin demora, fue escuchado y vio una uva colgando en las espinas cercanas: y reconoció que era un don de aquel que es el creador y autor de todas las naturalezas, quien produjo agua de la roca seca, y cuando quiso, la convirtió en vino. Muy contento con este don de la piedad divina, tomó el racimo y lo acercó a la boca del obispo moribundo: pero como él, con los dientes apretados como un muerto, careciendo de todo sentido del corazón y del alma, no sabía cómo aceptar el gusto ofrecido; finalmente, el santo presbítero Félix, con el feliz esfuerzo de sus manos, abrió sus labios secos, y así, con la uva deshecha, vertió en su boca tanto jugo saludable como pudo. Al probarlo, el Padre recuperó inmediatamente el sentido del alma y del cuerpo, se abrieron sus ojos, y su lengua, que estaba pegada a su garganta seca, se soltó para hablar.

Y cuando, reviviendo completamente, reconoció que era Félix quien había venido a buscarlo, lo abrazó con piedad paternal y se quejó de que hubiera venido tan tarde. "¿Dónde, hijo mío, te has demorado tanto tiempo? Pues el Señor ya me había prometido que vendrías a mí. Pero ves que aunque cedí por un momento a la fragilidad del cuerpo, he mantenido la sólida constancia de un alma fiel, como también lo indica el estado de este lugar al que me retiré. Podría haber entrado en alguna aldea o ciudad donde estuviera seguro de los enemigos, si la fe me hubiera sido vil y esta vida querida. Pero ahora, evitando todos los refugios humanos, huyendo a los desiertos de las montañas, me he confiado solo a la protección de la gracia divina, para que él mismo, de cualquier manera o modo que quisiera, me conservara en esta vida o me trasladara a la futura. Y mi esperanza en Dios no me ha fallado, como se prueba claramente con tu llegada, por la cual, por así decirlo, he sido llamado de nuevo a la vida

desde el mismo umbral de la muerte. Por lo tanto, hijo mío, apresúrate a completar la obra de piedad comenzada, y esfuérzate por llevarme a casa sobre tus hombros."

Dicho esto, Félix cumplió rápidamente lo que se le ordenó: y llevando al obispo sobre sus hombros, lo devolvió a su casa, que una sola anciana cuidaba. Pues el venerable obispo estaba tan alejado de las cosas del mundo, que de toda la multitud de su casa, y de toda su riqueza, solo le quedaba una anciana. Así que, golpeando las puertas, Félix despertó a esta anciana, y cuando se levantó y abrió la puerta, le entregó y encomendó al obispo. Entonces el obispo, por el servicio de piedad que se le había prestado, dio al beato Félix la debida acción de gracias, y poniendo su mano sobre su cabeza, le otorgó una bendición paternal. Luego, saliendo de allí, Félix también se ocultó en su propia casa durante unos pocos días, hasta que la tormenta de la persecución cesara. Mientras esto sucedía, dejó su escondite, y se mostró alegre a los ciudadanos que se alegraban de su regreso: y recorriendo todo, consolaba y fortalecía con palabras de exhortación los ánimos de cada uno, que habían sido no poco perturbados por la amargura de la tormenta pasada. Y no solo con palabras, sino también con su ejemplo, enseñaba a despreciar tanto las cosas prósperas del mundo como las adversas, a buscar solo las alegrías de la patria eterna, y a temer solo la ira del juez supremo.

Cuando la persecución se reanudó, Félix fue buscado, y los enemigos llegaron hasta su morada, ansiosos por capturarlo rápidamente y entregarlo a la muerte: quien, por casualidad, estaba ausente de su casa, se encontraba en medio de la ciudad con amigos, y como era su costumbre, predicaba la palabra de fe a las multitudes que lo rodeaban. Al enterarse de que estaba allí, los adversarios, con espadas desenvainadas, corrieron hacia él: pero al llegar, por disposición divina, ya sea por el cambio de su rostro o del corazón de ellos, no pudieron reconocerlo, aunque lo conocían muy bien. Así que, al preguntarle dónde estaba Félix, el hombre prudentísimo entendió que era obra divina que no lo reconocieran, y riendo, respondió a los que preguntaban: "No sé, dijo, quién es Félix, a quien buscáis." Y no los engañó en absoluto: nadie se conoce a sí mismo por el rostro.

Inmediatamente, dejándolo, se dirigieron a otro lugar, y a quienes encontraban por casualidad, les preguntaban dónde estaba Félix: de los cuales uno, completamente ignorante de la situación, y creyendo que estaban locos, comenzó a reprenderlos por su demencia, que no podían reconocer a quien buscaban, aunque hablaban con él: y también les mostró por dónde había ido aquel a quien buscaban. Furiosos, siguieron inmediatamente las huellas del beato Félix. Pero él, al acercarse a ellos, advertido por el tumulto de la ciudad que corría delante, y por los clamores del pueblo atónito por la llegada de los enemigos, se retiró a un lugar más secreto, que no tenía ninguna fortaleza más firme, solo estaba protegido por un fragmento de muro semiderruido: pero tan pronto como recibió al hombre de Dios, la mano divina lo protegió de manera maravillosa. Pues repentinamente se formó allí un montículo que cerró el lugar: y también una araña, por disposición divina, a quien toda criatura sirve, inmediatamente tejió sus telas en ese lugar. Cuando llegaron, los enemigos se asombraron, y con paso contenido hablaban entre sí, diciendo: "¿No es una locura que busquemos entrar aquí, cuando claramente parece que nadie ha pasado por aquí? porque si alguien hubiera entrado, las telas de araña no estarían intactas, que incluso las moscas más pequeñas a veces suelen romper. Por lo tanto, está claro que quien dijo que Félix se había refugiado aquí, lo hizo astutamente, para alejarnos más de encontrarlo: así que vámonos y dejemos de buscar aquí el escondite del hombre, donde la misma apariencia del lugar muestra que nadie ha entrado." Así, engañados en su búsqueda, se retiraron rápidamente, furiosos y no menos rabiosos contra Félix, que en su mente rabiosa contra aquel que los había inducido a tal lugar con sus engaños: donde se mostró mucha sabiduría del piadoso creador y protector nuestro. Ciertamente, a veces los muros de las ciudades, altísimos y fortificados, traicionan más que

liberan a sus ciudadanos de los enemigos sitiadores: y Cristo escondió a su humilde siervo de los enemigos armados, con las frágiles telas de araña, para que no pudiera ser encontrado ni capturado, como dijo el venerable Padre Paulino al hablar de esto: "Dondequiera que Cristo esté con nosotros, la araña será un muro: Pero donde Cristo no esté, el muro será una araña."

Así que los enemigos se retiraron al caer la tarde, y Félix, al irse ellos, buscó otros escondites, regocijándose en la ayuda de la protección divina, y cantando para sí mismo: "Aunque camine en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo." Al amanecer, se retiró a un lugar más secreto entre los techos de los edificios, donde permaneció oculto durante seis meses continuos, separado de todo conocimiento humano, pero disfrutando de la gracia de la presencia divina, según la voz del Salmista, en el escondite de su rostro, lejos de la perturbación de los hombres, quien también lo alimentó de manera maravillosa y poco común para los hombres durante tanto tiempo. Pues había en las casas vecinas una mujer devota a Dios, cuyo ministerio, sin saberlo, el Señor, que es la fuente y origen de toda ciencia, usaba sabiamente. La mujer cocinaba panes, cocinaba otras comidas para el sustento de su casa: y en un estado de éxtasis, las llevaba al lugar donde el confesor Félix se escondía, y allí las dejaba para que él las tomara, de modo que ni sabía que había entrado allí ni que había regresado: pero creyendo que había dejado las comidas preparadas en su casa, siempre se iba, recordando haberlas puesto, y pronto olvidando que las había puesto. Y así se dice que el beato Félix permaneció seis meses, como dije, en esos escondites de un techo oscuro y estrecho, separado de la sociedad humana, pero nunca abandonado por la presencia de los ciudadanos celestiales; y con un sustento ciertamente escaso, pero proporcionado desde el cielo, llevó una vida feliz. Durante ese tiempo, se dice que también fue considerado digno del don de la conversación divina en varias ocasiones. Había en las mismas habitaciones donde residía, un viejo aljibe, del cual él mismo al principio sacaba agua para beber: pero cuando este se secó por el excesivo calor del verano, no le faltó al beato confesor de dónde vivir. Pues el piadoso creador y proveedor de nuestra salvación, quien una vez, con el aire seco en todas partes, solo humedeció con lluvia celestial un solo vellón, él mismo proporcionó a su confesor, con el aire completamente silencioso y sereno, la gracia de un rocío oculto, para que, sediento, pudiera ser refrescado.

Completado este tiempo, fue advertido por un oráculo divino que saliera de su escondite, ya que la tormenta de la persecución había pasado. Cuando apareció repentinamente en público, fue recibido con gran alegría por todos, como si viniera del paraíso. Desde entonces, comenzó a confirmar la fe de todos, que había sido no poco sacudida por la violencia de la tormenta. Mientras tanto, el amado obispo Máximo, avanzado en años, cerró su último día. Sin demora, Félix fue elegido por el juicio de todos para el episcopado, quien, siendo confesor invictísimo, y doctor suavísimo, y cumpliendo con todas las buenas obras que enseñaba con su boca. Sin embargo, Félix, para mostrar también cuánta sublimidad de humildad tenía en su corazón, se excusó con voz modesta de que no debía asumir este grado, diciendo que su compañero presbítero Quinto, mucho más digno, podía asumir el honor de dicho grado, ya que él había sido promovido al orden del presbiterio siete días antes que él. Esto se cumplió como lo pedía: y el mismo Quinto asumió el oficio del episcopado, administrándolo de tal manera que, humildemente sometido al beatísimo confesor, le ordenaba que hablara al pueblo en su lugar, y él mismo gobernaba al pueblo con su oficio, mientras Félix lo hacía con su doctrina.

El mismo Félix, aunque era muy famoso por la constancia de su confesión y la virtud de su humildad, también fue un amante supremo de la pobreza voluntaria. Pues había poseído de la herencia paterna muchas propiedades, casas y riquezas abundantes, pero durante el tiempo de la persecución, al ser proscrito, lo perdió todo. Sin embargo, cuando la paz fue devuelta a las

Iglesias, aunque podía reclamar sus derechos, no quiso hacerlo: pero cuando sus amigos le aconsejaron que recuperara sus derechos, que, una vez recuperados, podría dispersar y dar a los pobres con gran recompensa, no consintió en hacerlo de ninguna manera, rechazando con firmeza sus sugerencias, diciendo: "Todo me es lícito, pero no todo me conviene. Lejos de mí reclamar las cosas que perdí por causa de la confesión; lejos de mí reclamar las riquezas terrenales que una vez desprecié por la contemplación de los bienes celestiales, como si estas solas no fueran suficientes; más bien, seguiré a Jesús pobre de espíritu, para recibir más abundantemente los dones del reino de los cielos: y no hay que dudar de que aquel que me liberó de las cadenas y las tinieblas de la prisión terrible, y me alimentó en secreto durante tanto tiempo, también en el resto de mi vida, confiando mi pensamiento en él, él mismo me nutrirá." Manteniendo este ánimo, el beato confesor tuvo solo tres yugadas de un pequeño campo, y esto arrendado, y un pequeño huerto de su propio derecho, de donde vivía. Pero ambos, sin la ayuda de un solo siervo, los cultivó con su propia mano: y siempre se alegraba de compartir el fruto de su cosecha o de su huerto con los pobres. El hombre beatísimo también seguía la misma moderación en su vestimenta, de modo que se contentaba con una vestimenta simple, que a veces apenas le bastaba; y si le sobraba algo, lo daba a los pobres: y si por casualidad tenía un vestido doble, inmediatamente vestía al desnudo con el mejor.

Viviendo con tal piedad, el hombre llamado y merecido Félix, lleno de días y de buenas obras, falleció: y siguiendo el camino de los padres, fue recibido en la gloria eterna, como también lo atestiguan los muchos signos que se han hecho en la iglesia donde fue sepultado.

Había allí un campesino pobre en bienes, pero íntegro en fe, que sostenía su escasa pobreza con la posesión de solo dos bueyes, ya sea usándolos él mismo o prestándolos a los vecinos por una tarifa acordada. Aunque los cuidaba y protegía con gran esmero, una noche los perdió al ser robados. Al amanecer, cuando se dio cuenta con certeza de que habían sido robados, perdiendo toda esperanza de recuperarlos o encontrarlos, corrió rápidamente a la iglesia de San Félix. Al llegar allí, se postró ante las puertas de la casa sagrada, con el rostro en la tierra, implorando y suplicando a San Félix que le devolviera los bueyes que había perdido, testificando con muchas lágrimas que nunca se iría de allí si no recuperaba sus bueyes. Habiendo hecho esto durante todo el día con voz rústica, pero con mente muy fiel, al llegar la tarde, fue expulsado por la multitud y alejado de las sagradas puertas. Sin embargo, regresó a casa y no dejó de pasar la noche en continua vigilia y lamento. Pero como todo el que pide recibe, y el que busca encuentra, y al que llama se le abrirá, y como dice el salmista, el Señor escuchó el deseo de los pobres: en medio de la noche, mientras todos los hombres y todas las cosas estaban en reposo, él solo, despierto por su dolor y pobreza, yacía vigilante. Maravilloso es decirlo, los bueyes que buscaba llegaron de repente a su puerta, evidentemente rescatados por la voluntad divina de los ladrones y devueltos a la casa del dueño a través de lugares remotos en la oscuridad de la noche y el error. Golpeando con sus cuernos las puertas de su choza, ya señalaban su llegada. Pero él, temblando mucho, creyendo que no eran sus bueyes sino los ladrones que regresaban, tardó en abrir las puertas, hasta que los mismos bueyes, como si entendieran la razón de la demora de su dueño, emitieron un mugido para demostrar que eran ellos quienes golpeaban las puertas de su hogar. Habiendo recuperado los bueyes, el campesino, actuando no rústicamente sino con sabiduría y fidelidad, se apresuró a dar las debidas gracias a su benefactor al amanecer. Tomando consigo los bueyes, fue a la iglesia de San Félix, proclamando y mostrando con voz jubilosa los beneficios que había recibido del santo confesor. Y como había llorado mucho, tanto al buscar sus bueyes como al recibirlos con gran alegría, también había dañado no poco la vista de sus ojos: y buscando consuelo por esta pérdida del bendito Félix, lo recibió. Así regresó a casa, lleno de un doble don de gracia celestial.

Y cuando se estaba construyendo una iglesia más pequeña en honor del mismo bendito confesor, había cerca de la iglesia dos edificios rústicos, incómodos en su ubicación y deformes a la vista, que con su oscuridad empañaban no poco la belleza de la iglesia. Deseando el venerable y amado por Dios obispo Paulino eliminar estos edificios y limpiar los lugares donde estaban situados, pidió a aquellos a quienes pertenecían que ofrecieran esta reverencia al bendito Félix, permitiendo que sus techos privados fueran removidos para iluminar y embellecer el lugar de su iglesia. Pero ellos, despreciando sus súplicas con obstinación rústica, decían que preferían dar sus vidas antes que abandonar sus posesiones. Y mientras al obispo le cansaba vencer a los campesinos en disputa, fueron vencidos por la mano del poder divino. Pues una noche, mientras todos descansaban, un fuego repentino surgió de una de esas celdas, comenzando a extenderse lentamente a los edificios vecinos, de tal manera que, aumentando más y más con su crecimiento, parecía que iba a consumir todas las viviendas cercanas y lejanas. Entonces, despertados por tan grandes estruendos y bolas de fuego, los ciudadanos acudieron corriendo, ya sea para extinguir todo el incendio vertiendo agua si podían, o para salvar de sus casas lo que pudieran del fuego. Y al ver que no podían hacer nada, comenzaron a buscar ayuda divina donde la humana fallaba. Así, guiados por el obispo, volaron a la iglesia de San Félix, doblaron las rodillas e imploraron la ayuda de la protección celestial: luego se dirigieron a la iglesia de los bienaventurados apóstoles, que estaba contigua a la iglesia de San Félix, y desde allí, a través de la intercesión apostólica, pidieron los dones de la protección celestial. Después de orar, el obispo regresó a casa y, tomando un pequeño fragmento de la madera de la cruz del Señor, lo arrojó al centro del incendio furioso, y de inmediato las inmensas llamas, que una gran multitud de hombres no había podido extinguir arrojando agua, se apagaron al añadir la madera. Tal era el poder de la santa cruz, que la naturaleza misma se rendía: y el fuego, que suele devorar toda madera, al encontrarse con la madera de la pasión del Señor, como si se quemara, se consumía. Cuando la gran tormenta se calmó y al regresar la mañana los ciudadanos vinieron a considerar las terribles obras de la noche, creyendo que habían sufrido grandes pérdidas por tan grandes incendios, se encontró que no se había quemado nada en absoluto, excepto lo que debía arder. De esas dos casas de las que hablamos antes, que los hombres habían planeado consumir y quitar, vieron que una había sido consumida por las llamas. Ante este hecho, el campesino que había defendido sus techos contra la belleza de los edificios sagrados con obstinación tonta se sintió muy avergonzado, viendo que había perdido sin recompensa lo que no quería perder voluntariamente en favor de los santos: y pronto él mismo comenzó a demoler con su propia mano lo que había sobrevivido al fuego de sus edificios, para que todo el lugar alrededor de la iglesia del bendito confesor se volviera rápidamente notable por su claridad y luz adecuada a los santos. Una vez eliminada toda la fealdad de los escombros y la suciedad de los mismos, el bendito obispo Paulino persistió en llevar a cabo la iglesia que había comenzado hasta su perfección: completó todo el edificio en tres años, y lo concluyó con pinturas y todo su ornamento en su debido fin: en el cual se celebra la vida y pasión felicísima del bendito Félix, memorable por siempre; quien, el día catorce del mes de enero, habiendo completado el curso de su gloriosa lucha, recibió la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman.